

diferencia aterradora: los cuatro que seguían á Jesús le golpeaban cruelmente, para obligarle á que precipitara el paso.

¡Ah! el Señor no podía!

## CAPITULO II.

### Camino del sacrificio.

Los malvados sacerdotes y todos los enemigos de Cristo esperaban en la plaza con febril ansiedad. El espectáculo que iban á presenciar era el colmo de todos sus deseos. ¡Cuántas veces los sacerdotes y los fariseos lo habían soñado y sentían despertar!... Solo un espíritu infernal sería capaz de describir el efecto que les produjo la presencia de Jesús, en el acto de salir del pretorio, precedido de un piquete de soldados, de dos ladrones, y llevando á cuestas el pesado madero, que había de ser á la vez el instrumento de su suplicio, y el de la redención humana.

Como se comprenderá muy bien, no pensaban en la redención vaticinada con todos sus detalles, aquellos hombres que se proclamaban maestros en las sagradas letras; solo pensaban en su tantas veces soñada venganza, aquellos viles juguetes de las pasiones mas asquerosas y degradantes. La muerte de Cristo que con su virtud inmaculada les sonrojaba, y que con su ciencia infusa llenábales de humillación, era el bello ideal de todas sus aspiraciones, de todos sus deseos, de todos sus afanes: parecían que si

Cristo no moría en un patíbulo, como si fuera un infame bandido, ellos no podrían gozar ni de paz, ni de felicidad en la tierra. Por eso cuando apareció á la puerta del pretorio la figura del Redentor, oprimida por el peso de la cruz, hubo una explosión satánica de universal regocijo, y los sacerdotes, y los doctores de la ley, y los ancianos del pueblo, revueltos con el mas asqueroso populacho, pusieron á gritar y á palmoear, como se grita y palmoatea cuando aparece en público un objeto ardientemente deseado por la apasionada multitud.

Los soldados romanos fueron despejando la parte de la plaza, por donde había de desfilar el cortejo sangriento, y los hebreos malditos se agolparon hácia la primera fila, para ver de cerca al divino Sér, que había sido el objeto de todos sus odios, y que era entonces el objeto de todas las venganzas mas indignas y repugnantes.

Los dicterios mas infames aplicábanse á Cristo, los insultos mas groseros caían sobre él, y aquel pueblo antes tan morigerado, aquel pueblo que solía mirar con profunda lástima al que caminaba al suplicio, complacíase en aquel momento en atormentar á Jesús, ya con palabras malvadas, ya tirándole piedras, barro ú otras inmundicias, ya atreviéndose á penetrar por la fila de los pretorianos, y á herirle con una saña y una complacencia diabólicas y repugnantes.

Cornelio que bramaba de coraje y de indignación viendo tanta indignidad y vileza tanta, no pudo sufrir por mas tiempo las explosiones asquerosas de la plebe excitada, y dió orden á sus soldados, para que no permitieran atravesar las filas ni á los mismos príncipes de Judá.

Esta orden fue escrupulosamente cumplida, y desde aquel momento, si Jesús no se vió libre de los insultos que

el pueblo le prodigaba con febril exaltacion, vióse al menos á salvo de los crueles tratamientos de algunos fanáticos, que se consideraban felices, si podian descargar sus iras sobre la inocente y espiatoria Víctima, que no tenia mas crimen, que el haber amado con la intensidad con que ama Dios, á la raza ingrata y pecadora de los hombres.

Y de esta manera siguieron el camino que conducia al Gólgota, pasando por la calle que terminaba en la puerta Judiciaria, calle que, como ya la conocen nuestros lectores, solo nos concretaremos á mentarla, puesto que en élla habia la casa de Berenice.

El paso de Jesús era fatigoso y tardo, vacilante é inseguro. La cruz pesaba mucho, las fuerzas le faltaban casi por completo, por haber perdido poco menos que toda la divina sangre, en los tormentos de que habia sido incesantemente víctima hacia cosa de unas doce horas. Por otra parte las llagas profundas y dolorosísimas que tenia en los hombros produciale un dolor intenso, sufrible solo por el Redentor del mundo; y todo esto acababa de hacer mas apurada y difícil la situacion del Cristo Dios.

Los verdugos impacientes, no podian sufrir la calma á que el paso de Jesús les obligaba á caminar, y esta impaciencia traducíanla en hechos crueles, y en excitaciones tan crueles como los hechos, descargando sus iras con furia sobre la atropellada humanidad del Cristo Dios. Heríanle con las lanzas, golpeábanle atrocemente con palos y cuerdas; dábanle terribles puntapiés, y tirones violentos... pero á pesar de todo nada conseguian, porque el divino Redentor no podia mas; las fuerzas le abandonaran por completo, y queriendo hacer un esfuerzo supremo, sus piernas temblaron, la cruz perdió su equilibrio, y el Hijo de María vino á caer sobre el duro y desigual pavimento

de la calle... La cruz cayó sobre el Redentor, que por unos momentos estuvo sin aliento, oprimido por el peso enorme del madero, y por la enorme multitud de sus dolores.

Excitáronle los soldados á levantarse, ora profiriendo blasfemias, ora golpeándole: ya probaba Jesús de hacer esfuerzos para ponerse en pié, pero por muy grandes que ellos fueran, no pudo alcanzar otra cosa que volver á dar con la frente sobre las rocas del pavimento... Y aquel terrible y segundo golpe, tiñó de nuevo con divina sangre las piedras de la calle, y hundió profundamente una espina en la sagrada cabeza.

El populacho de Jerusalem, gritaba y aplaudia, y silbaba como un energúmeno, y muchos maldecian al Centurion, por haberles privado de penetrar por entre las filas de los soldados, pues sentian perder la ocasion de descargar de nuevo sus iras sobre la inocente humanidad del Redentor. Cornelio no pudo sufrir el espectáculo desolador que Cristo ofrecia, y haciendo á los verdugos una seña, estos levantaron la cruz, y con un movimiento brusco obligaron al Salvador á ponerse en pié... Pero el martirizado Cristo no podia mas; las pocas fuerzas que le quedaban ibanle por momentos abandonando, y con dificultad las débiles piernas podian sostenerle ya! ¡ Ah! ¡ con cuánta mayor dificultad podria en adelante andar arrastrando la pesada cruz!... Esto pareció á todos punto menos que imposible, y á pesar de todo, con tal saña le trataban, que los verdugos sin piedad dejaron caer el sagrado leño sobre los divinos hombros... y el Redentor del mundo, con el violento golpe que con ello recibió, y el mas violento dolor que experimentó, hubo de ampararse de uno de sus verdugos, para no dar otra vez con el cuerpo en tierra.

Y siguieron andando, cada vez con mas pausa, porque

cada vez las fuerzas eran menores en la sagrada humanidad. Pocos pasos eran los que habian dado, y otra vez el cuerpo divino cayó desplomado en tierra, abriéndosele con el golpe todas las heridas, y vertiendo por ellas copiosos raudales de sangre... La violencia del golpe fue tanta, que el Redentor perdió de nuevo el conocimiento, y la vida al parecer íbale escapando, porque no hay nacido que pueda resistir tantos tormentos, sin exhalar el último aliento. La divinidad de su corazón enamorado, sostuvo las fuerzas y la vida en la humanidad del Redentor, y con ayuda de los verdugos, que no cesaban de herirle y maltratarle duramente, pudo levantarse por segunda vez, y recibir de nuevo la pesada carga de la cruz, sobre sus hombros desollados.

El tormento de Cristo era tanto en aquella hora, que no pudo evitar que un suspiro profundo y doloroso se escapara de su divino pecho, y mirando al cielo tristemente, como si implorara la compasión del Eterno, puesto que se la negaban los hombres, sus labios se agitaron, y silenciosamente elevó á Dios una tristísima oración.

Después fijó una mirada en la cumbre del Gólgota, que empezaba á descubrirse desde allí, y exhalando un suspiro continuó caminando con mas fatiga, con mas pena, con mas dificultad.

Las fuerzas visiblemente le abandonaban, y su congoja y su fatiga eran tan notables, que no pasaron desapercibidas ni hasta para sus desapiadados verdugos, así es que no por compasión que de él tuvieran, sino por los temores que les asaltaban de que si aquello seguía no llegaría vivo al Calvario, permitiéronle que de vez en cuando tomara un ligero reposo, deteniendo el paso y dándole tiempo para mirar al cielo y suspirar. Este era el único consuelo que

tenía en aquel momento el Salvador de los hombres: no hallaba en la tierra una mirada amiga, y volvía los ojos al cielo, para implorar la piedad de los ángeles.

Pero no siempre debía verse Jesús en tan tremendo abandono; no debía faltarle la compasión de algunas criaturas, al que por compasión á los hombres había dejado su trono de inmarcesible gloria, para ofrecer por todos su vida en un afrentoso madero. Este primer acto de compasión; el primer tributo de amor que recibió el divino Cristo, dióselo una mujer, cuyas bellas prendas hemos admirado junto con Marcos y Claudia Prócula; aquella mujer varonil, generosa, noble y resuelta, viendo el estado de postración de Jesús, cuando el terrible cortejo pasaba por delante de su casa, no pudo contener dentro del pecho virginal un grito de piedad hácia el Dios que iba á morir, y otro grito de indignación viendo la manera como los desapiadados hombres trataban á su Redentor divino. Así es que aquella mujer, que había aprendido de Cristo á ejercer la caridad, no pudo contener los transportes generosos dentro de su corazón, y se echó á la calle, para testificar al Cristo que no todos le odiaban, que no todos le aborrecían, sino que aun habían corazones delicados, que á pesar de verle rodeado de las iras de los malvados, osaban desafiar estas iras, para prodigar un consuelo al que tantos consuelos había derramado por el mundo.

Berenice era esta mujer: razón tenía Marcos, cuando se mostraba tan santamente orgulloso de ella.

Berenice, pues, precipitóse en medio de los soldados, rompió las filas de los pretorianos, y derramando lágrimas ardientes, púsose delante del Salvador del mundo. Su impulso generoso quería prodigar á Jesús algún cuidado, pero no sabía cual... De improviso fijó su atención en el

desfigurado rostro del Salvador, que le miraba con gratitud; que parecía darle las gracias por la simpatía que le demostraba, cuando era el objeto preferente de todas las iras. La santa faz del Cristo se hallaba llena de sangre y de inmundicias, de sudor y de cieno...

Berenice dió un grito de horror, y quitándose inmediatamente las tocas blanquísimas y finas, que contorneaban su rostro, y cubrían su cabeza, aplicólas con una ternura, con un cuidado, con una delicadeza de mujer, sobre el rostro del divino Redentor, enjugándolo cuidadosamente, y procurando no dañarle las profundas heridas que tenía en el desencajado rostro.

Jesucristo agradecido dijo á la santa mujer caritativa, que tanta ternura y adhesión le demostraba:

—Tu acto de caridad, Berenice, será en adelante tu nombre. Tú te llamarás VERA-ICON (1)... Ahora en memoria mía, y en prenda de mi gratitud, recibe este testimonio de mi cariño.

Y diciendo esto, Berenice, que desde entonces fue llamada Verónica, habiendo dejado de enjugar el rostro de Jesucristo, quitó de él la fina tela de que se había servido para llevar aquel heróico acto de caridad. En la tela observó Berenice un rostro perfectamente delineado... Aquel rostro era la prenda de la gratitud de Jesús; era el pago que daba al acto de caridad de la generosa y noble virgen; era, en fin, el retrato del Salvador, en el momento en que Berenice le aplicó al rostro la toca, para enjugarlo y limpiarlo.

Poco menos que imposible es describir la emoción que

(1) Es una palabra griega, compuesta de dos, y significa *verdadero retrato*. El nombre de Verónica, con que conocemos á esta piadosa mujer, es una corrupción del original griego.



—Tu acto de caridad, Berenice, será en adelante tu nombre. Tú te llamarás VERA-ICON.

se apoderó de la noble doncella, hallándose entre las manos aquel testimonio de la bondad del Salvador, y buscando la generosa vírgen palabras para expresar lo que por su pecho pasaba, solo halló lágrimas en sus ojos y suspiros en su pecho. Cuando pudo hablar, solo esta frase le fue posible coordinar:

—¡ Oh! sí; yo me llamaré Vera-Icon...

Después de esta escena, el cortejo de la muerte continuó su marcha pausada hacia el Calvario, no sin notable disgusto de los soldados romanos, que se hallaban impacientes por tantas dilaciones; no sin grande ira por parte de los malvados sacerdotes y populacho hebreo, que no podían sufrir fuese Jesucristo objeto de demostración alguna de cariñoso interés. Querían acumular sobre la inocente y justísima cabeza del Redentor todas las iras, como habían acumulado sobre la divina humanidad todos los martirios.

—¿No está prohibido por las leyes,— guturó Caifás con ira,—el que se vierta una lágrima siquiera sobre los reos sentenciados á muerte?

Esta rencorosa especie, salida de los labios malditos del pontífice, obtuvo una contestación tan espresiva, que hizo desesperar á todos los príncipes de la sinagoga. Esta contestación no fue dada con vana palabrería, sino por medio de hechos, que son siempre mas elocuentes que las frases. Estos hechos fueron el llanto que de compasión vertían algunas mujeres, situadas en una esquina de la calle. Aquel llanto ofreció lugar á Jesús para dirigir el último llamamiento á Jerusalem, y para prevenir á la ciudad deicida, los males y las calamidades que por su infinito crimen, á no tardar caerían sobre ella, para borrarla del libro de la vida.

Jesús se detuvo, volvió su dolorida cabeza hacia las afli-

gidas mujeres, mirólas compasivamente, como si les pagara su compasion humana, con una compasion divina, y luego esforzando su voz cuanto pudo, á fin de ser oido y entendido perfectamente, con acento trémulo y triste como su espantosa situacion, las dijo:

—Hijas de Jerusalem, no lloreis mi muerte, ¡desgraciadas! llorad sí sobre vosotras y sobre vuestros hijos; llorad por la suerte que espera á vuestra desventurada patria, porque yendrán para esta ciudad dias amargos, dias de llanto y desolacion, dias de luto y de espanto, de terror y de aniquilamiento, durante los cuales con voces desesperadas se gritará: «¡Felices las mujeres estériles; felices aquellas que no han dado el ser á ningun hijo; felices aquellas que no han amamantado al fruto de sus entrañas!» Entonces los hombres dirán á gritos á las montañas: «Desplomaos sobre nuestras cabezas,» y conjurarán á las colinas para que los aplasten...

Y haciendo una ligera pausa, como para tomar aliento, luego con voz mas débil, mas fatigada, mas sombría y triste, añadió:

—¿Pero si esto sucede con la leña verdé, qué será de la seca? ¿En qué parará?...

Con estas fatídicas palabras, parece que el Redentor quiso decir: «Si esto sucede con los descendientes de los deicidas, ¿qué acontecerá á los que fueron parte para que el crimen se llevara á cabo?»

Y despues de haber dicho estas solemnes y aterradoras palabras, Jesucristo apoyó blandamente la cabeza en la cruz; dos gruesas lágrimas aparecieron en sus divinos ojos, y ya el cortejo iba de nuevo á emprender la marcha; cuando se oyó un grito débil, de angustia infinita, de inmenso dolor, de tribulacion y amargura sin fin... Aquel

grito lo daba una madre; aquella madre era la del divino Salvador; era la angustiada María, que acababa de precipitarse al lugar donde su divino Hijo se hallaba, pudiendo apenas sostener el inmenso peso de sus martirios, de sus dolores, y de la cruz que gravitaba sobre sus hombros débiles y ensangrentados.

El Hijo y la Madre se miraron sin poder articular ni una palabra; la angustia de los dos era infinita; lo que pasaba en sus corazones era inenarrable; la pena que devoraba sus entrañas era comprehensible tan solo para Dios, que sondea el mar en la parte donde es mas profundo el abismo de las aguas.

Nosotros renunciamos á describir aquella escena indescriptible; nosotros no queremos ponderar la angustia de aquellos dos corazones que se amaban tanto, porque es cosa de todo punto imposible hasta para los mismos ángeles.

La Madre parecia decir al Hijo que le cumplia la promesa hecha en Efren y en el camino de Betania; el Hijo parecia dar las gracias á su Madre por la ternura con que le amaba; por el desprendimiento generoso con que contribuia á la redencion humana... y parecia ponerla por testigo del amor infinito que profesaba á los hombres el divino Corazon.

Aquella escena no se prolongó mucho; al fin de ella Jesús musitaba con ternura el nombre de su Madre, y este nombre parecia servirle de grande consuelo: María musitaba tambien el nombre de su Hijo, y este nombre arrancaba á sus escaldados ojos amarguísimas lágrimas. ¡Ay! parecia que el corazon inmaculado queria saltársele del pecho! ¡Nunca debajo del firmamento se ha presenciado una escena de dolor parecida á aquella escena!... Nos-

otros que no sabemos ni podemos describirla, preferimos enmudecer antes que empañarla y destruirla.

Un momento pasó, y se oyó un grito bronco, estentóreo, fiero.

—¿Hemos de esperar la noche aquí?

Jesucristo dijo entonces con infinita resignacion, con indefinible ternura:

—¡Vamos al sacrificio, Madre mia!

La Virgen Madre y sus desoladas compañeras, como asimismo el tierno y fidelísimo Juan, exhalaban un hondo gemido, mientras que la comitiva emprendía otra vez la fatigosa marcha.

Y llegaron á la puerta Judiciaria, y allí otra vez el cuerpo del Salvador dió en tierra, quedando por largos momentos sin sentido. Su inconsolable Madre exhaló un grito desgarrador, y en compañía de Magdalena precipitóse sobre la divina humanidad, para auxiliarla, mas los verdugos rechazaron á María y á su compañera, con un gesto altanero y brusco, que no daba lugar á la menor duda sobre sus intenciones.

María en fuerza del dolor reclinóse entre los brazos de la pecadora arrepentida, porque si no lo hiciera así, era evidente que iba tambien á dar con su cuerpo virginal en tierra.

### CAPITULO III.

En la cumbre del Gólgota.

Durante un largo intervalo, María absorbida por la plenitud de su dolor, no supo darse cuenta de nada. La escena de la terrible caída de Cristo, y la crueldad de sus

verdugos teníanla de tal modo horrorizada, y estremecida, y llena de afliccion, que á no sostenerla la gracia divina, allí mismo exhalara el postrimer aliento su alma tan sensible; como amante y compasiva.

Y mientras Juan y las santas mujeres venian en auxilio de la angustiada y desvanecida Madre, los soldados y los verdugos, que temian con fundamento muriera el Salvador antes de llegar á la cumbre del Calvario, si en el estado en que se hallaba le obligaban á subir con la cruz á cuestras la fatal y rápida pendiente, concibieron un medio para aliviarle de esta fatiga, no por compasion que de él tuvieran, sino para poder tener el gusto y el infernal placer de hacerle sufrir el sin fin de tormentos, que esperimentaban los condenados á morir en el bárbaro suplicio de la cruz.

Este medio ocurrido á los soldados del pretorio, era obligar á que otro ayudase á Cristo, á llevar el instrumento del suplicio que le aguardaba. Consultaron entre sí los verdugos este pensamiento, y siendo de la aprobacion de todos, y no hallando Cornelio dificultad alguna que oponer, apoderóse la soldadesca de un hombre ya entrado en edad, natural de Cirene en la Libia, y que habia salido á recoger leña al campo, al objeto de que no faltara á su familia durante los dias de la festividad de la Pascua.

Este hombre llamado Simon, venia en aquel momento cargado con un haz de leña, é iba á penetrar en la ciudad por la puerta Judiciaria, bien ajeno de pensar en la escena y en el espectáculo sangriento y aterrador que le esperaba.

Los soldados pretorianos le vieron, y pusieron en él los ojos, para obligarle á que ayudara al Salvador á llevar su